

IRIS



ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

EL IMPERIO DEL SOL NACIENTE

OBRA ESCRITA
POR
D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

ILUSTRADA CON GRABADOS

Un tomo en tela, 750 pesetas.



ESPOSA ENAMORADA

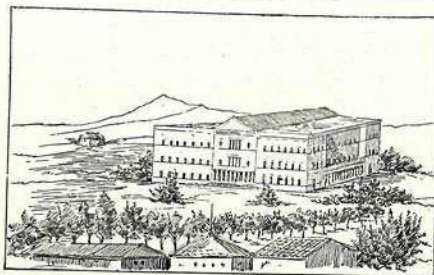
POR
ANDRÉS ARELLANO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 1350 pesetas.
Encuadernada, 1550 pesetas.

ALBORADA Ó LA CAUTIVA DE AMOR

POR
L. GARCÍA DEL REAL

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 1250 pesetas.
Encuadernada, 1550 pesetas.



VIAJE AL PAÍS DE LOS SABIOS

POR
D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

La brillantez del estilo y la animación del relato hacen de este libro una obra que une al deleite de la lectura el fácil conocimiento de la ilustre nación cuyo saber y cuyas artes se han perpetuado en el actual mundo latino.
Un tomo en tela, 750 pesetas.

LOS MISTERIOS DEL SERRALLO

POR
ALVARO CARRILLO

Preiosa novela en que el autor revela su conocimiento del mundo oriental. 60 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada, 17 pesetas.

LA MUJER AMOR

POR
D. RAFAEL DEL CASTILLO

60 cuadernos, que forman 2 tomos Encuadernada, con tapas especiales, 70 ptas.

Ayuntamiento de Madrid



LA ÚLTIMA NOCHE

(1631)

—Maese Andrés, vuestra *Cena* de San Salvador supera á cuanto hasta ahora habéis pintado; igualáis á Rafael en el dibujo y le aventajáis en el color. Maese Andrés, desde ahora os aseguro la inmortalidad.

Andrés del Sarto se sonrió tristemente á estas palabras, que salían de labios de messire Gandolfo Cavalcanti, uno de los más conspicuos individuos de la bailla de Florencia. Pensaba, en efecto, que la inmortalidad le daría muy poco dinero, y lo que él necesitaba eran escudos y piastras; no que tuviese costosas necesidades que satisfacer sino para que estuviese contenta su Lucrecia, aquella Lucrecia della Fede, tantas veces reproducida bajo la forma de la Virgen Madre en sus maravillosos lienzos.

El gran pintor estaba de cada día más enamorado de su esposa, malvada sirena, en cuyo corazón sólo tenían albergue la codicia y la vanidad. Por ella, sólo por ella había dilapidado el dinero que le confiara Francisco I de Francia para comprar obras de arte; verdad es que para reintegrarle al rey de aquellas sumas le había pintado una colección de obras maestras, cuyo valor excedía enormemente al de los fondos distraídos. Por su mujer se afanaba trabajando sin cesar, privándose de todo para que Lucrecia pudiera lucir joyas y vestidos.

La situación de Florencia, sin embargo, no era muy propicia á los artistas. Aparte de la inminente caída de la República y la restauración de los Médicis por los franceses, aumentaban de cada día más los temores de que la ciudad fuese invadida por la peste que devastaba el resto de Italia.

No tardó en realizarse la terrible amenaza que pesaba sobre Florencia: la plaga hizo su irrupción en la insigne capital toscana con no menos ímpetu que en tiempo de Boccaccio, sólo que esta vez no había de salir de ella ningún regocijado *Decameron*, sino todo lo contrario: recorrian los frailes las calles y las plazas predicando penitencia, celebrábanse larguissimas procesiones á las que asistían descalzos los magnates; todo era terror y espanto.

El pobre Andrés se encontró sin trabajo, y con tremenda desesperación no podía siquiera continuar morando en la casa donde hasta entonces habitara; casa con espléndidas vistas y cómodos aposentos, con magníficos jardines y alegres azoteas rodeadas de marmóreas balaustradas. ¿Do iría? Los implacables mercaderes con quienes estaba en descubierto se habían apoderado de su ajuar, de sus bocetos, de sus cuadros ya concluidos. Haciendo desesperados esfuerzos había conseguido reunir algún dinero para que Lucrecia se instalara en una posada de los alrededores, mientras él alquilaba una misera bohordilla dentro de la ciudad para guarecerse de la intemperie.

Una tarde fué Andrés del Sarto á ver á su ídolo, después de pasar tres días sin haber podido realizar aquel su afanoso anhelo. Traía la buenas noticias; los frailes negros de Plasencia le habían encargado fuera á su convento á pintar un fresco de vastas dimensiones. Volvería á tener dinero; podría comprarla joyas y trajes.

Al llegar á la posada, el mesonero le dijo al pobre pintor que su esposa había partido dos días antes con un riquísimo banquero genovés, sin dejar manifestado á donde se dirigía, y ni siquiera hablar para nada de su marido.

Andrés del Sarto sintió como si le partieran el corazón con un puñal; anudósele la garganta, y, poniéndose pálido como la cera, emprendió el regreso.

Tenía que detenerse á cada paso, flaqueándole las piernas, y cuando echaba de nuevo á andar se tambaleaba como un borracho: dolíale la cabeza como si se la apretaran con un aro de hierro. Así llegó á su bohordilla.

No tenía luz, ni lumbré; estaba vacía de todo manjar la alhacena. Echóse sobre el jergón de paja que yacía sobre el suelo húmedo y sintió como si todo él ardiera.

Comenzó á gritar: —¡Lucrecia! ¡Lucrecia!—pero nadie le respondía. Por fin, vió aparecer varias cabezas que asomaban por la puerta y que desaparecieron rápidamente, en medio de las voces de espanto de —¡La peste! ¡La peste!

Ya no oyó más. Todos habían huido de la casa visitada por la plaga. Andrés del Sarto tendría que morir más abandonado aun que un perro.

Entonces comenzó á delirar. Se le apareció el coro de sus Madonas, todas con el mismo gracioso semblante y la gentil figura de Lucrecia; se le aparecieron las legiones de sus ángeles; se le aparecieron los santos á quienes había dado nueva vida con su pincel, y todos le sonreían, pero de lejos, de muy lejos. Luego desapareció aquella visión y surgieron los horribles cuadros de su vergüenza y su miseria: las gentes que le señalaban con el dedo y le llamaban *ladrón*, por haberse gastado con Lucrecia el dinero del rey de Francia; las torturas de los celos, la desesperación por las esquivaces de la bella, el constante terror por perderla acaso.

Y á todo esto, sin una mano que le acercara un jarro de agua para calmar el tormento de su sed; sin una voz que le consolase en el supremo trance; sin una oración, sin una mirada siquiera.

Andrés del Sarto volvió en sí por algunos minutos, se incorporó y se cercioró de su abandono.

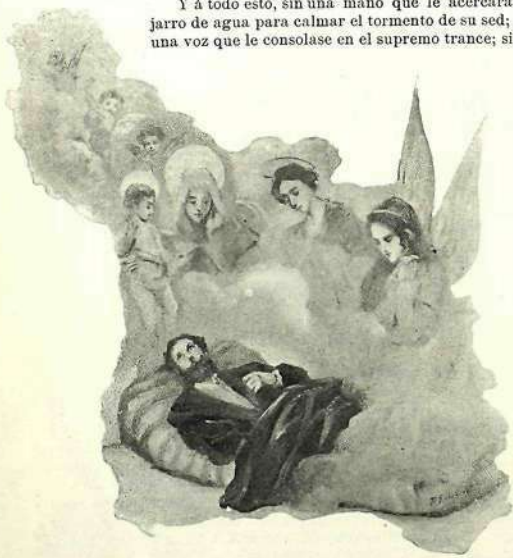
Entonces alargó los brazos con ademán terrible y cerrando los puños gritó con voz enronquecida:

—¡Ladrona! ¡Ladrona! ¡Ladrona!

No pudo decir más, porque en breve se le fué la vida, á la misma hora en que Lucrecia della Fede, llegaba á Génova, se instalaba en el palacio del banquero y admiraba nuevamente su rostro en el de la Madona pintada por su marido para la capilla del raptor.

Tal fué la muerte, digna de la vida, de aquel desgraciado *Andrea senza errori*; la posteridad ha recogido el nombre de la mujer indigna que le llevó á la deshonra y la desesperación, sin culpárle, como para perpetuar la desventura del soberano artista. La mujer, nadie lo duda, puede ser fuente de inspiración, pero con más frecuencia aun, quizás, perturba el genio del creador. El caso de Andrés del Sarto ha tenido tantas repeticiones que casi podría calificarse de *historia vulgar*.

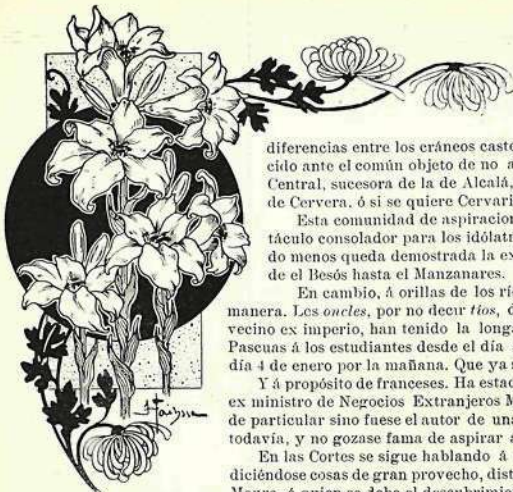
ALFREDO OPISSO





A ORILLAS DEL MAR

Ayuntamiento de Madrid



COSAS DEL DÍA

Entre los más elocuentes síntomas de que nos vamos regenerando más que de prisa resalta el anticipo voluntario de vacaciones realizado por la clase escolar. Las pretendidas

diferencias entre los cráneos castellanos y los catalanes han desaparecido ante el común objeto de no asistir á clase, ni en la Universidad Central, sucesora de la de Alcalá, ni en la de Barcelona, heredera de la de Cervera, ó si se quiere Cervariense.

Esta comunidad de aspiraciones y vacaciones constituye un espectáculo consolador para los idólatras de la unidad nacional, pues enano menos queda demostrada la existencia de la *unidad de novillos*, desde el Besós hasta el Manzanares.

En cambio, á orillas de los ríos de Francia las cosas pasan de otra manera. Los *oncles*, por no decir *tios*, del Consejo de Instrucción Pública del vecino ex imperio, han tenido la longanimidad de conceder vacaciones de Pascuas á los estudiantes desde el día 30 de diciembre por la tarde hasta el día 4 de enero por la mañana. Que ya son días.

Y á propósito de franceses. Ha estado en Barcelona y después en Madrid el ex ministro de Negocios Extranjeros M. Hanotaux, cosa que no tendría nada de particular sino fuese el autor de una *Historia de Richelieu*, no concluida todavía, y no gozase fama de aspirar á enular las glorias del *Hombre Rojo*.

En las Cortes se sigue hablando á más y mejor, y alguna que otra vez diciéndose cosas de gran provecho, distinguiéndose en este particular el señor Maura, á quien se lebe el descubrimiento de una partida de 22,000 y pico de

pesetas para cebada de los caballos de la infantería de marina. Pero esta revelación, que ha llenado de estupor aun á los mismos que recuerdan la escena del almirante suizo de *La Vida Parisiense*, ha suscitado, en cambio, la indignación de un distinguido silvestista que exclamaba:

—No sé á que viene quejarse por esta insignificante partida. Pues ¿no tiene el *Pelayo* diez ó doce mil caballos, y el *Carlos Quinto* también una porción de miles y aun el *cañonero Pilar* no tenía también 200 ó 300? Entonces ¿á qué viene escandalizarse por veinte ó treinta caballos de la infantería de marina? Y en cuanto al destino de comandante de los buques que pudieran apresarse ¿no se dijo, aunque resultó bola, que habíamos apresado el *Paris*? La verdad es que Maura estuvo injustísimo al olvidar estos antecedentes.

Mientras en las Cortes discuten, aquí nos entretenemos en inventar *sagells* imaginarios, con la particularidad de haberse presentado *viles falsificadores* de esos sellos inútiles, aunque caros, que ya es el colmo de la falsificación. Este síntoma es digno de figurar al lado de las vacaciones precoces y denota un temple de alma que ya lo quisieran para sí los *boers*.

EL "MEETING" DE REUS

En virtud de hallarse en estado de sitio la provincia de Barcelona, acordó celebrarse en Reus el *meeting* proyectado por el *Fomento del Trabajo Nacional* en pro de la concesión del *Concierto Económico* á dicha provincia catalana, y no podía ciertamente elegirse mejor punto, pues pocas poblaciones exceden á Reus (si es que hay alguna) en generosa hospitalidad.

La concurrencia fué numerosísima, siendo insuficiente el *Teatro Fortuny*, donde tuvo efecto el *meeting*, para que cupieran todos los que deseaban asistir. Pronunciaron sentidos discursos el alcalde de Reus, Sr. Font de Rubinat, el presidente del Fomento, D. Alberto Rusñol, el presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País de Barcelona, D. Bartolomé Robert, y otros oradores, habiendo reinado en el acto el mayor orden.



AL LLEGAR EL TREN ESPECIAL DE BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

La acogida dispensada á los forasteros fué cordialísima, como no era menos de esperar, y lo mismo la despedida que se les hizo, con músicas y fuegos de bengala. El Ayuntamiento asistió de ceremonia, con los maceros, y el teatro estaba adornado con sumo gusto, alternando las banderas catalanas con las españolas, á pesar de que poco se diferenciaban, consistiendo únicamente la diversidad en que la bandera de Cataluña lleva cuatro barras verticales encarnadas sobre fondo amarillo, y la española dos fajas horizontales en los bordes, siendo iguales los colores.

Parece que se celebrarán otros *mitines* (¡qué palabreja tan cursi, mal formada y ridícula!) pidiendo el susodicho *Concierto Económico*, sobre cuyas bondades y mérito reina el más absoluto desconcierto, pues unos dicen que sí, otros que no, y otros que sé yo, y yo entre éstos últimos, pues sólo me gustan los conciertos á toda orquesta.

No podía menos de suceder así, pues raras son las cuestiones en que reina completa unanimidad; además de que en eso del *Concierto Económico* no han intervenido para nada las clases obreras, ni las

agrícolas, y aun los pequeños comerciantes parecen mostrarse un tanto *escamati* después de la desgraciada campaña del cierre. Sea como fuere la cosa no tiene com-postura, y será preciso dejarlo todo á la Providencia Divina, que es, en suma, la que todo lo dispone.

RITSCH



CONCEJALES DE REUS YENDO Á RECIBIR Á LOS EXPEDICIONARIOS (Fotografías de Quer y Anguera)



ESPERANDO EL TREN



SALIDA DE PASAJEROS



SALIDA DE LA ESTACIÓN



DESPUÉS DE LA LLEGADA (Fotografías de Montagut)

EN LA INMACULA CONCEPCIÓN

DE
NUESTRA SEÑORA

Abre ¡oh Señor! mi labio: á mi descienda
tu Espíritu y encienda
mi alma en tu amor. Agradecido suene,
no indigno de tu aliento,
en himno humilde á tu bondad mi acento,
y cruce el mar y el universo lleno.

Doquiera anuncie el regocijo puro,
de que el mortal seguro
gozó por fin tras larga noche umbría,
y la feliz aurora
recuerde, en que tu mano bienhechora,
amparo de Israel, nos dió á María.

¡Oh dulce instante y memorable y santo!
Calmó del orbe el llanto
y el hondo afán de su natal la nueva.
De tu amor infinito
diste, al formar su corazón bendito,
al linaje de Adán excelsa prueba.

¡Ah! De la noche el estrellado velo,
el siempre rico suelo,
el sol brillando en la mitad del día,
menos el pecho inflaman,
menos la fuerza de ese amor proclaman
que el alma santa de la Madre mía.

Escogida por tí, de gracia llena,
la bárbara cadena
un punto no arrastró del enemigo:
Tú alzaste el brazo airado,
y no llegó ni sombra de pecado
al blando seno que iba á darte abrigo.

Te debías á Tí tan alta gloria:
por tu insigne victoria,

necesaria, Señor, á tu grandeza,
pudo, modesta y pia,
sola á tus ojos ofrecer María,
no indigna de la tuya, su pureza.

El grande privilegio verdadero
confiese el orbe entero:
en ningún corazón la duda habite.
¿Quién, Padre soberano,
contó las maravillas de tu mano?
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?

¿Retroceder no hiciste la corriente
del Jordán á su fuente?
Al pueblo de Israel, ¿no dió camino
seco el mar á tu acento?
Y en la piedra de Oreb. ¿no halló sediento
fresco raudal y puro y cristalino?

¿No cantan las angélicas legiones,
no cantan las naciones
en esa joya de inmortal valía,
inclinada la frente,
un prodigio, Señor, más excelente?...
¿No es Madre y Virgen la feliz María?

¡Ah! Que por ejemplo en soledad se vea,
que negado le sea
el sol, y gima sin hallar consuelo
el pecho descreído
que tu gracia no admire agradecido
en la Reina hermosísima del cielo.

Yo te adoro, Señor: ferviente el labio
te aclama bueno y sabio.
Al levantar tu mano sacrosanta
á esa doncella pura,
también, Señor, á singular altura,
á la mujer de que nací, levanta.

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDÓN



EL TÍO GILDO

(CUENTO TRASCEDENTAL)

Poseía el tío Gildo en el término del pintoresco pueblo de su naturaleza y vecindad, situado á diez leguas de distancia de la giralda sevillana, un cortijo, que era una bendición de Dios, algunas aranzas de olivar y de viñedo, que semejábanse á un rinconcito del Paraíso, y una casa — con amplio corral y huerta — modesta, pero con todos los menesteres para hacer hasta comfortable la vida de un labrador humilde, si envidiado por muchos, no envidioso de las riquezas de aquellos grandes terratenientes que deslumbraban con la exhibición vanidosa de sus centenes, de sus ganados de labor y de granjería y de los frutos de sus dilatadas heredas. Completaban la hacienda del tío Gildo, dos pares de recios y lustrosos mulos y dos asnos para el acarreo menor y del hato al cortijo y del cortijo á la villa.

La maledicencia, inspirada por la envidia, mordió más de una vez en la reputación del buen labriego; pero no logró hacerle mella, pues bien á las claras y á las buenas había acumulado su caudal,

honrado á carta cabal y santo por los cuatro costados, como hijo legítimo de incesante é inteligente trabajo.

Fruto de bendición de los amores del tío Gildo con la tía Rupe, era Gildillo, garrido mozo, salvo de las quintas hacía dos años, merced á la suerte; el cual mozo,

ayudaba á su padre en las faenas agrícolas, como buen hijo; al señor cura, la misa de los domingos y días de precepto, como fiel y devoto cristiano y á espantar pesares en el corazón de las mozas más *juncas* del lugar, cantando como un canario, bailando más que una peonza y llevando la alegría con su inacabable buen humor y gracejo en el decir, allí donde presentaba su juvenil y gallarda figura.

Murmuraban en el pueblo, que el tío Gildo era tacaño y ruin y que su avaricia y sordidez, malograban las felices disposiciones intelectuales de Gildillo, el cual, sería canónigo si se dedicara á la Iglesia, lo menos comandante, si á la milicia y, seguramente diputado provincial, si cursara estudios universitarios.

Pero el tío Gildo cerraba los oídos á tales murmuraciones y se obstinaba en hacer de su hijo un experto y laborioso labrador y, sobre todo, un hombre independiente y respetado, mediante el capataje que formaba, y las virtudes del trabajo, del orden y del ahorro, que le enseñaba con el ejemplo y el consejo: virtudes que los convecinos tenían por ruindad, tacañería y avaricia.

Amaba y veneraba Gildillo á su buen padre; trabajaba sin pereza y diestramente, descansando, tan sólo, en los días festivos y constituían sus mayores diversiones y grimpolas, la fiesta mayor del pueblo, en el mes de las flores y la romería al santuario de nuestra Señora de la Estrella, por agosto, en cuyos días se divertía hasta más no poder, quedando satisfecho de holgorio para el resto del año.

Así transcurría la vida del hijo único del tío Gildo, con gran contentamiento de éste, que daba gracias al Todopoderoso por haberle dado un hijo dócil y obediente, con claras luces en su cabeza para ver la bondad de los consejos paternales, si bien estas luces habíale costado no poco encenderlas y mantenerlas encendidas. En efecto: Gildillo, desde que apenas le apuntaba el bozo, hasta la edad de veintinueve años que tenía en los días de mi cuento, había dado algunos tropezones y sufrido caídas, arrastrado por sus pasiones de mozo que explotaban grandullones holgazanes, los cuales, con sus deslumbradoras promesas de placeres subyugantes, vencián los consejos paternos, hijos del amor y de la experiencia.

Por complacer á los amigos y porque *todos* hacían lo mismo y le inducían á ello, motejándolo de afeminado y santurrón, de hombre pusilánime y poco varonil, se embriagó una vez y fué tan tremenda la borrachera, que á poco más se muere; otra vez, *por dar gusto á todos*, jugó y perdió cerca del importe de cuatro ovejas, nada menos; y tales escarmientos, sufridos en la propia cabeza, infundieron miedo y se refugió, contrito, en el amoroso pecho de su padre.



—No es á la sociedad á quien tienes que seguir en sus ejemplos, ni en sus invitaciones, pues es versátil como la mariposa, caprichosa y antojadiza,—decíale dulcemente el tío Gildo á su Gildillo.—Lo que á unos agrada, á otros desazona, produciendo el mismo acto que realizas, censuras en unos y en otros aplausos. Sólo debes seguir á tu padre, por que su consejo es el más sano y acertado.

Pero sucedió, que, á pesar de tan excelentes consejos y de las enseñanzas recibidas, Gildillo llegó á rebelarse un día contra la autoridad paterna, si bien la rebeldía no fué grave ni pasó á formularse en



actos ni en frases ante su padre. Limitóse á suplicar, con obstinación impropia de su disciplina, á la tía Rupe, su madre, que intercediese para que se le permitiera concurrir á la próxima feria sevillana. El era ya un mozo hecho y derecho; cumplía como bueno sus deberes de hijo y de labrador y merecía un galardón. Todos los mozos del pueblo, menos él, habían visitado la renombrada feria; todos le tenían ya la cabeza tarumba á fuerza de narrarle los prodigios

de belleza y los atractivos que ofrecía fiesta tan famosa; compadecíanle y hasta le menospreciaban por su ignorancia y retraimiento, achacándolo todos á la tacañería del tío Gildo.

—En ley de Dios y en conciencia, madre, es menester que yo vaya hogafío á la feria de Sevilla; tanto porque yo siento comecón por visitarla, cuanto por acallar el *rum*, *rum* del pueblo, que *acumula* á padre el sambenito de roñoso y avaro.

A regañadientes accedió el tío Gildo á la moción de su hijo, tramitada tan respetuosamente por persona de tanto influjo en su ánimo como la tía Rupe y, acordado el día de la partida, muy de mañana salieron ambos del pueblo visitando *los trapitos de cristianar*, caballeros en el más apuesto y bizarro de los asnos, bien repletos las alforjas y abarrotado el cinto de herrumbrosos, pero legítimos *fy* bien contrastados duros columnarios.

No había andado el rucio tres leguas, cuando toparon en el camino con dos arrieros cosarios, que de Sevilla venían, los cuales montaban mulos cargados de arcas y bultos, y después de cambiar un expresivo saludo, sin detenerse, exclamaron los cosarios en voz baja, pero no tanto que no lo pudiesen oír padre é hijo, de esta suerte:

—¿Habrás visto nunca viejo más tacaño que el tío Gildo? ¿Pues no van á la feria montados padre é hijo en un pollino, teniendo en la cuadra otro y hasta cuatro mulos que no los tuvieron mejores los que hacen la *carrera del tabaco* en la Serranía de Ronda? La avaricia le consume, tanto, que, por su gusto, harían el camino á peonza.

—¿Has oído, Gildillo?—interrogó á su hijo.

—Sí, padre, y habríamos evitado esa crítica, si, como advertí á usted, hubiéramos aparejado dos mulos, ó al menos los dos borricos.

—No te pese y aguanta y sufre; que más beneficio has de hallar en la lección de este día que en todos los *jolgorios de Sevilla*; y apéate, hijo un rato, para que se te desentumezcan las piernas.

Obedeció Gildillo y haciendo de bagajero, ya echaba adelante, ya atrás, ya al margen del solipedo, lamentando para sus adentros las *filosofías* de su padre, que tan en ridículo los ponían á la vista de todos.

Otro tanto habían andado peón y caballero y, apartándose de la carretera, llegaron á una fuente para abreviar á la cabalgadura. Allí encontraron á varios tragineros conocidos, que, en tanto daban descanso á las récuas, trincaban de una bota, de la cual ofrecieron á los feriantes. Conversaron brevemente con ellos, sin apearse el tío Gildo, y mientras la bota pasaba de mano en mano, dos de los tragineros que se hallaban en segundo término, se expresaban así, llegando su voz á oídos del tío Gildo y de Gildillo.

—Como buen viejo es egoísta y regalón. Teniendo la cuadra *ahita* de *ganao*, consiente que su hijo camine á pie, en tanto que él disfruta del rocín. ¡Milagro que no le ha echao unas *jamugas* pa dir más á su placer! ¡El muy ruin!

—¿Oíste, Gildillo, la murmuración?—dijo, apeándose, el viejo al mozo, apenas separáronse de la fuente, y sin esperar la respuesta y aún evitándola, mandóle que montara y continuaron la jornada.

Cuando casi la llevaban vencida, hallaron á la pareja de la Guardia Civil, la cual comentó el encuentro de este modo: —El zángano del hijo consiente que el tío Gildo vaya á pie. Después de todo ¡bien haya el que á los suyos se parece! Al fin y al postre, de tal palo tal astilla. El mocito, bien se conoce que ha sido educado por el tacaño y egoísta de su padre!

Echó pie á tierra Gildillo al oír tal andanada, y mal humorado, fustigó al burro, el cual salió respingando carretera adelante y haciendo tales piruetas y contorsiones, que las alforjas y el aparejo hubieran venido á tierra, á no estar dispuesto éste por mano de maestro.

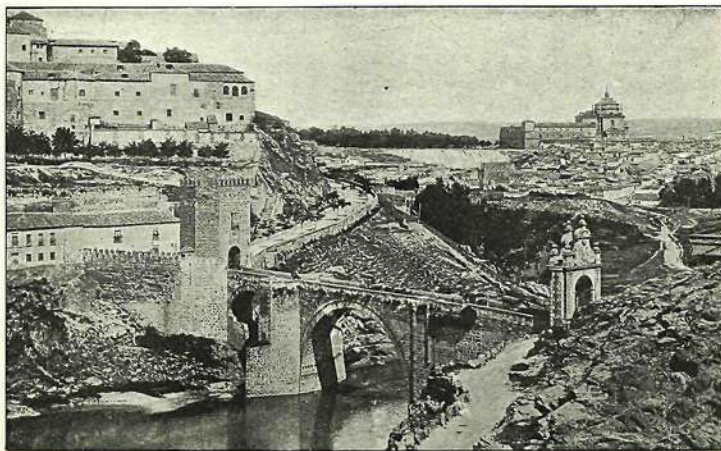
—Aun te queda, hijo mío, que recorrer la última estación y no es bueno que te amohines, ni riemos que castigues á la bestia, descargando en sus inocentes ancas, el enojo que te causan los necios reproches que has oído. Bien hiciste en aparte, pues si tú no te apeas, habríatelo yo mandado.

Cabizbajo caminó Gildillo hasta llegar á las oficinas donde se recauda el impuesto por consumos á la entrada en Sevilla y, apenas repuesto de su mal humor, cuando éste desaparecía, cediendo plaza en el pecho y en la mente del mancebo á la grata impresión de ver pronto y gozar las delicias de la encantadora feria sevillana, oyó,— como también su padre,— á los enclapados del resguardo que decían:—Así son estos hacendados rústicos, y por ser así, *achocan* peluconas. Vienen á la feria, y por no cansar al asno, hacen la caminata á pie. ¡Luego critican estos fantásticos andaluces á los pobres segadores gallegos, cuando los ven *trashumar* como merinas, con los pies descalzos y los zapatos atados al garrote que llevan al hombro!

RAFAEL CHICHÓN

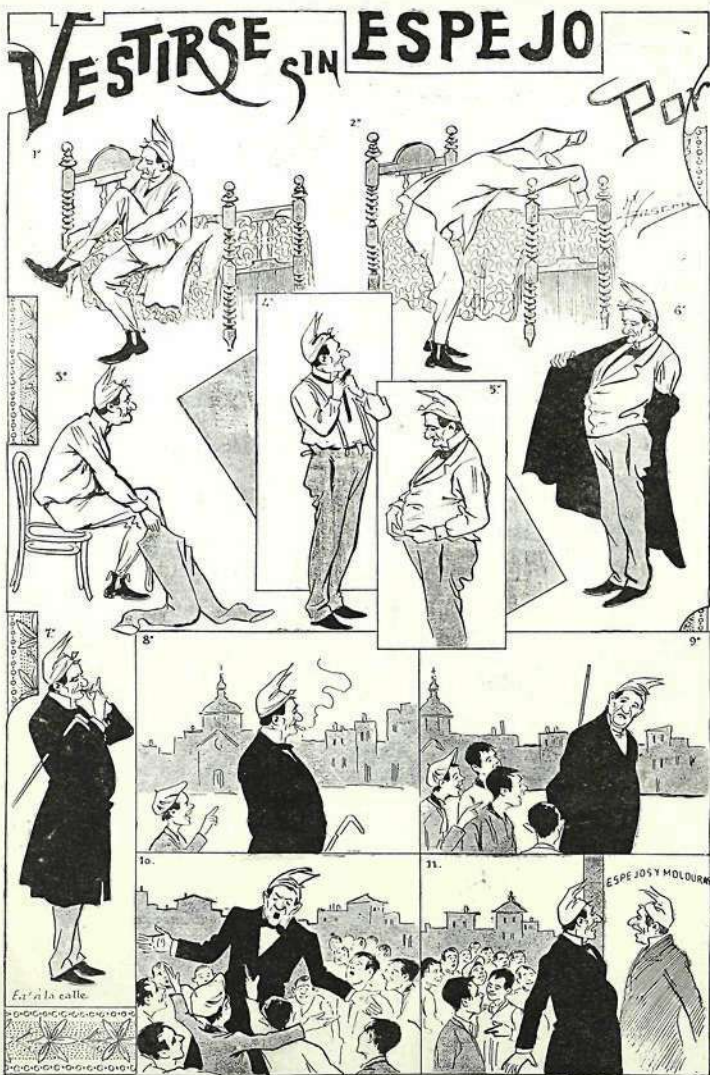


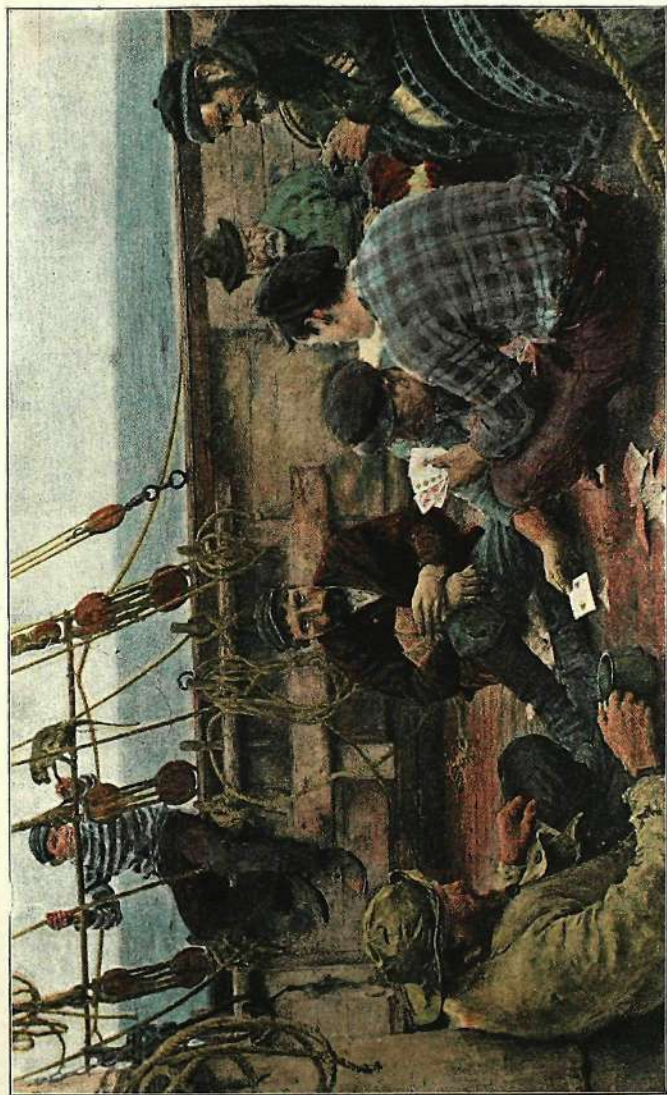
TOLEDO



PUENTE DE ALCÁNTARA

Ayuntamiento de Madrid





CALMA CHICHA

Ayuntamiento de Madrid

La muela de juicio

—Era la más hermosa que Dios ha hecho.
—¿Quién? ¿La muela? — pregunté asombrado.
—No: mi criada Jacinta, —replicó mi amigo Calixto.
—Píntamela. Veamos ese prodigio.
—Muy grato sería retratarla; pero, más grato era aún verla.

—¡Lo creo! ¡Y más grato todavía!... Continúa.
—Si digo que eran sus dientes piñones; sus labios, corales; sus mejillas, rosas; sus ojos, luceros; sus cabellos, oro; su frente, marfil; su cuello, alabastro, ¿hago su retrato?

—No: sencillamente expones una monstruosidad.
—Cosa mucho mejor es esa Jacinta.
—¡Viva la muchacha!
—Si digo que al mirar era un hechizo; al reir, un encanto; al hablar, un embeleso; al andar, un deleite; al jugar, una gloria ¿la retrato de cuerpo entero?

—Tampoco. Aun quedan bellezas que tu pincel deja en la sombra.

—Pues, Jacinta, además de lo dicho, era azúcar y canela, pimienta y merengue: una mezcla de dulce y picante. Un plato popular y distinguido. Crema y caracoles.

—¡Cuántos golosos tendría!
—Pero el más goloso de todos, el hambriento, el hidrófobo, era yo, su señorito.

—¿Y te la comiste ó te la sorbiste?
—Estaba loco, rabioso; ignoraba lo que hacía.

Dejé de estudiar, dejé de comer, dejé de dormir, dejé... ¡qué se yo! hasta de respirar. Apenas entró a servir en casa, y la ví, la amé, y apenas la amé, me declaré a ella. ¡Ser amado por Jacinta, y después la muerte! Yo siempre puse en el amor la única felicidad posible

en la tierra. —¿Y fuiste dichoso, esa vez, á lo menos?
—Traté de serlo, naturalmente. Pero, si yo era fuego, ella era nieve, nieve dura como roca. La pasión me daba elocuencia. ¡Palabras inútiles! ¡No me

creía! «¿Un señorito enamorado de ella, de una pobre sirvienta?» Yo le contaba. «¿No ha habido reyes que amaron á pastoras?» Se reía de esas fábulas. Quise despertar su codicia, su vanidad. «Te vestiré de seda», le decía. Y ella, con un mohín de burla, me replicaba: «No soy mona». «Irás en coche». «¡Ay, no, no, que me maree!» «Llevarás sombreros». «Ya tengo la espuerta». Total, evasivas,



sofiones, requemamientos de sangre. Cada palabra suya me dejaba frío. Frio al punto, para enardecerme al momento.

—Serías una fragua.

—Una fragua en que se forjaban, sólo para mí, armas martirizadoras. Nunca amé lo vulgar, y en plena vulgaridad estaba metido. Jamás sufrí el azote de la humillación, y mi soberbia estaba á cada paso á los pies de lo ridículo. Pero la hermosura es un imperio. Su ley, para quien se inclina á su influjo, es indiscutible. Yo aceptaba á Jacinta tal y como era. Siendo de otro modo, siendo una perfección, siendo una belleza sin defectos, quizás me hubiera sido indiferente. La amaba, porque no me amaba. En su conquista había tanto de gusto como de orgullo. ¿Comprendes que una paloma desprecie á un león? Pues eso hacía ella conmigo. Un absurdo. Pero, me desdefiaba.

—Y hacía muy bien si no eras de su agrado.

—Me había perdido el respeto. Un día, al traerme el desayuno, como se acercase á mi lecho más que de costumbre, y yo la cogiera un pelizco del vestido, me derribó encima el chocolate. Estos percances, por lo demás, eran continuos. Otro día, me tiznó con la sartén, y quedé negro, naciendo blan-



co; otro, me manchó con espuma de jabón la cara; otro, me arrojó á los pies una plancha: por poco no quedo cojo. Y á estos martirios físicos había que añadir los espirituales. Era un Tántalo fregonil. Tenía yo sed, veía el agua delante, y moría de ardores. Se puede vivir lejos de la señora de nuestros pensamientos. Pero mi Dulcinea estaba á mi presencia, al alcance de mi mano. ¡Y sin poder tocar la siquiera!

- ¡Hombre! En verdad, la chica no era guitarra.
- Eso me decía ella. ¡Habrá pícara!
- ¿Cómo es eso?
- Yo la creía casta y pura.
- Y ¿qué?
- ¡Qué me engañaba!
- ¿Con quién? ¿Con algún príncipe?
- No. Con Felipe.
- ¿Cuál Felipe? ¿Felipe I el Hermoso, ó Felipe II

el Invencible?

- Felipe, mi criado.
- ¡Traidor! ¡A su amo!
- Una noche, mi amor me tenía en vela. Oí no sé qué susurros extraños. Me levanté. Con pasos silenciosos salí al pasillo. Los ruidos sonaban del lado del cuarto de Jacinta. Seguí adelante cautelosamente. Mi madre acaso recelosa de algún desmán mío, solía encerrar por fuera á la maritornes. Pero era indudable que la chica no se hallaba sola en aquel momento. Puse atento oído. Escuché cru-



gidos de muebles. Percibí cuchicheo de palabras ahogadas. Sentí, como el poeta Becquer, á manera de «rumor de besos y batir de alas». Era el amor, no que pasaba, como el del vate romántico, sino que se estaba allí firme, á pie quieto. Eran Felipe y Jacinta que pelaban la pava, encaramados sobre sillas, por el montante de la puerta, abierto el cristal, cada cual por su lado. Llegaron hasta mi frases que elevaron mi indignación al colmo. Ambos se mofaban de mi pasión desatentada.

- ¿Y no los aplastastes?
- No. Me retiré á mi aposento.
- ¡Bravo! Así proceden los verdaderos filósofos.

—Pero, al día siguiente, estalló en la cocina. No tuve piedad. Arraqué de su altar á mi ídolo. Traté á Jacinta como se merecía. La coloqué al nivel de su estropajo. Mas, cuando me hallaba en-

golfado en mi filípica, un percance inesperado me dejó mudo.

- ¿Llegaron tus padres?
- Nada de eso. Fué otra cosa peor.
- ¿Peor?
- Sí. Recibí una bofetada.
- ¿De Jacinta?
- ¡De sus propias manos!
- Manos blancas no ofenden.

—Mi error era ese. No había reparado hasta entonces en las extremidades superiores de mi adora-

da. Eran dos palas. Asperas, grandonas, achorizadas, oliendo á ajo, su impresión en mi rostro fué un despertar doloroso. Vi las estrellas. Se me hinchó un carrillo. En mi jofaina me apliqué abluiciones de agua y vinagre. Luego me rocié polvos de arroz. Después me ceñí un pañuelo por la cara.

- Estarías guapo.
- Estaba dado á los demonios. Aquella mañana almorzaba con nosotros mi prima. Ya la conoces: Pilar. Ese Ángel que ha vivido amándome toda su vida.

¡Y yo, ingrato con ella! ¡Yo, ciego, sin responder á sus discretas ternuras, á sus pudorosas insinuaciones, á sus manifestadas promesas de inefables venturas! ¡Qué pesar el suyo cuando me vió en aquella situación! «Eso te sucede por malo», me dijo en tono de hechicera amenaza. Creí que sabía el lance.

La miré fijamente, y me convencí de su perfecta inocencia. Hablaba movida por el carifio. ¡Qué hermosa estaba! ¡Qué sencillez, qué bondad, qué dulzura se exhalaban, como el perfume de una flor, de su linda persona! Me declaré á ella. «No te digo que sí hasta que tengas juicio», me contestó la preciosa señorita.

—Y contestó como una joven razonable. ¿Eres ya juicioso?

—Lo soy... gracias á Jacinta. Durante el almuerzo, todos hacían rechifla del bulto de mi mejilla.

Todos deseaban averiguar la causa. Jacinta, que servía á la mesa, me miraba de soslayo, con una tosesita guasona que me abrasaba la sangre. Finalmente, dijo: «Lo que el señorito tiene, es que le ha dolido la muela del juicio.»

- ¿Y acertó la muchacha?
- Acertó. Porque su bofetada fué tan tremenda que con ella creo debí echar, aunque en sentido inverso, no sólo la del juicio, sino todas las muelas.

JOSÉ DE SILES





DANZA ORIENTAL

Ayuntamiento de Madrid

EL TONTO DEL LUGAR



El tonto del lugar
le llaman á Calisto,
y es lo particular
que se pasa de listo
el tonto del lugar.

Vive cual pordiosero
en un mundo muy bajo
sin Rey ni Roque; pero
con horror al trabajo
y afición al dinero.

Come lo que le dan,
y huelga con placer
sin miedo al que dirán,
seguro de tener
un mendrugo de pan.

Y sin preocupación
que le cause desvelo,
lo mismo que un lechón,
tendido sobre el suelo
duerme como un lirón.

Mas caso singular:
por ser tonto le estiman
las mozas del lugar,
le agasajan, le miman,
y le hacen retozar.

Y el tonto ¿qué ha de hacer?
Sin pizca de malicia
(lo cual no es de creer)
también las acaricia
y se deja querer.

Y holgando noche y día
sin cuidado, es feliz;
pues si por picardía
comete algún deslíz
pasa por tontería.

Al verle tontear
con tan buena fortuna,
por fuerza han de envidiar
los mozos, la tontuna
del tonto del lugar.

L. F. SANABRIA Y AGUIRRE



Ayuntamiento de Madrid

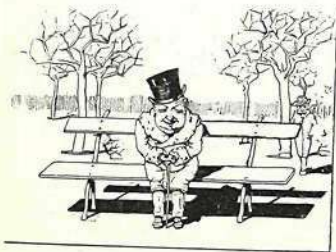
PLANES FRUSTRADOS, por Groman



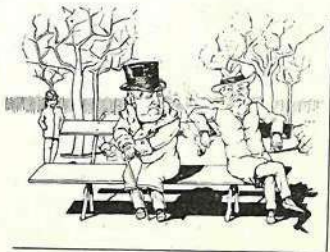
1. Estos paseos solitarios suelen ser fecundos en aventuras amorosas...



2. Hé aquí un banquito en posición estratégica



3. "Ahora á esperar á la viudita sentimentaló á la joven romántica, que, indudablemente, han de frecuentar estos sitios.



4. ¡Ni viuda, ni joven, ni romántica!



5. ¡Otro!... ¡Habrà que marcharse!



6. ¡iii!!!

REPITORIA

EL ORGANISMO HUMANO

La máquina humana es tan complicada, que los adelantos más completos de la ciencia mecánica son meros rudimentos a su lado.

Hé aquí algunos datos interesantes acerca de su composición.

El cuerpo humano contiene 150 huesos y 500 músculos; el peso de la sangre de un adulto es de 15 kilogramos; el diámetro del corazón es generalmente de 15 centímetros; late 70 veces por minuto; 4,200 veces por hora y 35,792,000 veces por año.

Cada latido desaloja 44 gramos de sangre, que equivale a 5,850 kilogramos por día.

La totalidad de la sangre tarda en pasar por el corazón tres minutos; nuestros pulmones contienen, en estado normal, cinco litros de aire; respiramos 12,040 veces por hora, gastando 300 litros de aire.

La piel tiene tres capas, cuyo espesor varía entre tres y seis milímetros; cada centímetro cuadrado tiene 12 mil poros; la longitud total de estos poros es de 50 kilómetros.

PAÑO

Las manchas cobrizas que salen en la cara y que se conocen con el nombre de paño, se pueden quitar lavándolas con una solución de 30 gramos de clorato de potasa y 8 onzas de agua de rosa.

ORIGEN DEL VIOLIN

El violin parece derivarse de un instrumento llamado bruth, usado antiguamente en el país de Gales, en Escocia y en la América, y que se menciona bajo el nombre latino de Chrotta en las obras del poeta Fortunato, hacia el año de 609 de nuestra Era.

En el siglo XIII este instrumento formaba una familia bastante numerosa, dividida en dos grandes lecciones, la de los Rubebes y Rebeones y la de las Violas ó Vielas. Por

Solución del problema núm. 16

— — —

RE 7 P F 5
CE 2 P E 2 toma C
P F 4 jaque y mate.
Hay dos variantes sencillas.

medio de ciertas modificaciones en la construcción de una de esas violas, un fabricante desconocido del siglo XV, produjo el violin moderno.

Ignórase en que país fué empleado por primera vez este instrumento, si bien algunos autores afirman que fué en Francia.

Pocos años después aparecían en Italia el contrabajo y el violoncello.

RECETA PARA HACER IMPERMEABLE EL CALZADO EN INVIERNO

Incorpórense, a fuego lento, las siguientes sustancias:

Sebo.	250 gr.
Manteca de cerdo.	135 "
Cera amarilla.	65 "
Aceite de oliva.	65 "
Esencia de trementina.	65 "

Así derritido este compuesto, se aplica con una brocha sobre el calzado, el cual queda impenetrable al agua.

LOS HUEVOS

Fuera de los servicios bien conocidos que prestan los huevos, como elemento nutritivo, utilízanse también con buen resultado en medicina. La albúmina ó clara de huevo es muy á propósito para curar las quemaduras, si se tiene cuidado de aplicarla inmediatamente á la parte quemada. Sustituye en este caso ventajosamente al colodión, porque éste es más difícil de obtener en un momento dado. La clara de huevo es mucho más refrigerante que el aceite de almendras dulces, y alivia en seguida los sufrimientos del paciente.

Es el huevo considerado hoy día

como uno de los mejores remedios para las disenterias. Tomado de una sola vez con algo de azúcar, calma la inflamación del estómago y de los intestinos, y utilizándose así sus propiedades emolientes, se proporciona una curación rápida por medio de un medicamento fácil y agradable. En los casos ordinarios, basta tomar dos ó tres huevos á lo sumo. El estómago soporta bien y sin dificultad el repetido consumo de huevos.

PURIFICACIÓN DEL ALCOHOL

Mezclar con cada litro de alcohol impuro ó colorado, 2 gramos de cloruro de cal y 10 gramos de carbón animal pulverizado.

Déjese en reposo la mezcla durante treinta horas, y luego decántese.

— — —

CHARADA

Se dice que es *prima tres*, el objeto que anda escaso: quien más *dos* en menos ve, dice un refrán castellano; fué el *todo* rey de Aragón, por sus vasallos amado, que en Huesca dió grandes pruebas, de ser justiciero y sabio.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Opera No

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Enigma.—El hielo.
Jeroglífico comprimido.—Entrecol y col lechuga.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid